

MANUEL RICO

Un
extraño
viajero

IX PREMIO **JON** DE NOVELA
GRON

algaida



Un jurado presidido por Javier Reverte y compuesto por Ángel Basanta, Berna González Harbour, Montero Glez y Fernando Olmeda designó a la novela *Un extraño viajero*, de Manuel Rico, ganadora del IX Premio Logroño de Novela, convocado por el Ayuntamiento de Logroño, la Fundación Caja Rioja y Algaída Editores (Grupo Anaya).



Diseño de cubierta: masgrafica.com

Primera edición: 2016

© Manuel Rico, 2016

© Algaída Editores, 2016

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-479-6

Depósito legal: SE. 356-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

I	13
II	21
III	31
IV	45
V	57
VI	69
VII	77
VIII	85
IX	95
X	105
XI	115
XII	121
XIII	129
XIV	139
XV	149
XVI	157
XVII	167
XVIII	179
XIX	191
XX	199
XXI	209
XXII	221
XXIII	233
XXIV	239

XXV	253
XXVI	269
XXVII	279
XXVIII	289
XXIX	297
XXX	305
XXXI	311
XXXII	321
XXXIII	329
XXXIV	337
XXXV	347
XXXVI	353
XXXVII	361
XXXVIII	373
XXXIX	381
XL	393
XLI	403
XLII	409
XLIII	417
Anexo de realidad	425

*A Malva, a José Manuel y a Martín, recién llegado:
dos generaciones que nos prolongan*

«No había ventanas y la única ventilación era la corriente de aire que pasaba por debajo de las puertas que daban al pasillo y al patio. La claraboya era tan pequeña que, incluso los días soleados, la celda permanecía oscura y fría [...]. Los presos no se desvestían, pero la mayoría se quitaba las botas o las alpargatas, aunque algunos se acostaban calzados y con la gorra o el sombrero puestos. Dormían en los bancos de las paredes, envueltos en las mantas y en completa oscuridad».

Tres entre montañas

HUMPHREY SLATER

«Los lunes estoy loco: padezco de esperanza».

ANTONIO GAMONEDA

I

A LA CASONA, UN HOTEL RURAL JUNTO A LA CARRETERA que entra en Brezo tras dejar el puente antiguo sobre el río, solo muy de vez en cuando llegan visitantes entre semana. Especialmente en invierno. Por eso, Lucía Olmedo, su propietaria, una mujer madura, de una belleza morena y algo acuarentada en la piel de los alrededores de los párpados, y del comienzo del cuello, no pudo sino sorprenderse ante la llegada, el lunes 7 de febrero de 2005, de un viajero modestamente vestido, de aspecto cansado, rostro sin afeitar de varios días y mirada febril que portaba una maleta vieja y gastada y una mochila de loneta no menos vieja, de color verde oliva. Era, además, un día de frío intenso, lo que hacía aún más extraña su presencia, y el visitante había llegado caminando desde un lugar que eludió nombrar.

—Del norte, al otro lado de la montaña —le dijo.

Al otro lado de la montaña, al norte, solo hay pequeños pueblos medio deshabitados, caminos que se internan en bosques en los que el pino y el roble pugnan por domi-

nar el terreno, apriscos de ganado sin uso desde finales de los setenta del pasado siglo, estaciones de ferrocarril en ruinas junto a vías muertas que parecen negar su pertenencia al vértice norte de la región de Madrid, que huyen de la realidad de paso que anuncia la autovía que cruza la soledad de esos parajes para enlazar la capital con Hendaia. Por eso, Lucía miró al visitante con desconfianza antes de pedirle el documento de identidad y se sintió algo inquieta al encontrarse con su mirada: sus ojos claros, entre azules y verdes, transmitían quietud, tranquilidad pese al brillo que parecía teñirlos de fiebre. Una tranquilidad anacrónica con el cansancio que revelaba su rostro sin rasurar, sus zapatos sucios, muy gastados en la puntera, su cazadora, de un paño azul oscuro algo descolorido, la vieja maleta.

—Llevo muchas horas caminando. He pasado junto a estaciones de ferrocarril perdidas entre bosques, he visitado las obras próximas al río y atravesado pueblos muertos —agregó el visitante mostrando, en una pronunciación líquida, dudosa en las erres, su condición de extranjero.

A Lucía le pareció advertir una entonación marcada por algún idioma de Europa oriental, «ruso tal vez», pensó mientras sentía un ligero estremecimiento ante aquellas palabras sin sentido e intentaba, a la vez, mostrarse serena, entre indiferente y distante. Sonrió —una sonrisa que asomó, fugaz, a sus labios con un temblor casi imperceptible— y, tras unos segundos de duda, le pidió de nuevo su documento de identidad. El hombre pareció no escucharla, recorrió con la mirada el vestíbulo, dejó en el suelo la

maleta y la mochila y, en silencio, se sentó en una de las butacas situadas frente al televisor. Con la mirada fija en la ventana que asomaba al río, se quedó callado, como ausente, ajeno a la demanda de Lucía. Ella no se atrevió a insistir en su petición. Aunque el visitante no podía, en modo alguno, inspirar confianza, tampoco transmitía la sensación contraria. Estaba, en el hotel vacío e invernal, sola ante aquel hombre, y sin embargo no tenía miedo. Solo el desconcierto y la sensación de haber entrado en el territorio de un sueño, gobernaban sus actos.

Durante algo más de un minuto, Lucía observó al visitante, que permanecía sentado en la butaca y con la mirada perdida al otro lado de la ventana, en la noche que comenzaba a adueñarse del cielo gris, de las murallas de Brezo, del río. Dudó un instante sobre la posibilidad de llamar a la policía, de pedir ayuda, pero se limitó a echar una mirada al teléfono de recepción y a tocar, por encima del pantalón vaquero, el móvil que guardaba en el bolsillo. Eran dos posibilidades de auxilio inmediato cuya mera presencia aplacaba temores y que, sin embargo, decidió no utilizar. Después, salió del refugio tras el mostrador, se acercó al hombre y le miró a los ojos.

—¿Necesita ayuda? ¿Llamo a la Guardia Civil, al centro de salud, quiere usar el teléfono? —dijo sin seguridad.

El visitante negó con la cabeza. Sonrió vagamente. La claridad de sus ojos tenía algo de irreal, y parecía revelar una mirada limpia y directa, sin esquinas.

—Quiero descansar, necesito dormir. Ha sido mucho el esfuerzo, han sido horas y horas de caminata por el monte, creí que nunca llegaría... —repuso el viajero.

—¿Que nunca llegaría a dónde? —preguntó Lucía.

—A un lugar habitado donde reponer fuerzas, donde hablar con alguien...

Lucía pensó en los muchos inmigrantes de raza eslava —rusos, polacos, serbios, búlgaros— que habían llegado a los pueblos de la sierra en los últimos años, gentes cualificadas, universitarios muchos de ellos, empleados en la construcción, o en las fincas ganaderas, o en las canteras de granito situadas a varios kilómetros al este de Brezo. Se dijo que quizá fuera uno de ellos. También pensó en la gente trastornada que, a veces, veía vagar de pueblo en pueblo, que caminaba durante jornadas enteras sin un destino claro, seres huidos de algún centro psiquiátrico, o de la opresión de una vida sin horizontes, hecha de rutina, vacío y desempleo. Más de una vez, desde el coche, caminando campo a través o en los alrededores de una gasolinera, los había visto: llevaban su hato lleno de andrajos y objetos inútiles, o una maleta de cartón, o un carro de la compra a rebosar de bolsas de plástico llenas de periódicos, de alimentos caducados, de fragmentos de su existencia. «Esos no van a hoteles», se dijo, «duermen a la intemperie, o bajo las ruinas de algún edificio alejado de los pueblos, o en cuevas que encuentran en su camino», pensó Lucía. Aunque la referencia a las estaciones de ferrocarril y a las obras junto al río la llevó a dudar de la lucidez mental del viajero, descartó que tuviera algo que ver con aquellos seres mezcla de vagabundo y demente, algo que vino a confirmar al examinar su atuendo una vez que se quitó la cazadora. Su ropa era sencilla y humilde, anticuada quizá —una gruesa chaqueta de lana gris sobre una

camisa del mismo tono y un pantalón de pana de color negro—, pero no harapienta. «Un inmigrante del este, es lo más probable», se dijo Lucía antes de preguntar:

—¿Busca alojamiento?

—Solo para unos días... Quiero terminar mi trabajo y volver a casa, a mi país, a mi patria.

El visitante habló con un tono calmo en el que sin embargo era perceptible un poso de inquietud, como si no acabara de encontrar su lugar en el mundo, su hueco en el hotel rural en cuyo vestíbulo Lucía Olmedo intentaba tranquilizarle y tranquilizarse. Después, con gesto aturdido, el viajero bajó la cabeza y se quedó mirando al suelo como si meditara o intentara recordar un suceso olvidado. Eran gestos que lejos de suscitar temor, desconfianza, incitaban a la piedad, al acogimiento, a la ayuda. Lucía se preguntó, por un segundo, por la naturaleza del trabajo al que se había referido el visitante pero eludió interrogarle. Mientras le decía que le prepararía un café, o un té, o lo que quisiera, tomaba conciencia de que algo, en aquel hombre al que situaba en el tramo inicial de la cuarentena, una edad joven y madura a la vez, le hablaba no de locura sino de confusión, no de miedo sino de afabilidad, de cercanía. «Ha podido ser víctima de un accidente», pensó, «o de un trastorno pasajero».

Pese a ser consciente del riesgo que asumía, Lucía se sintió débil ante la mirada del visitante. Una mezcla de piedad y curiosidad la llevó a no insistir en pedirle la documentación. Lo veía tan desvalido, tan confuso que pensó que el aplazamiento del trámite no suponía vulnerar norma alguna y sí un gesto de obligada solidaridad con el

débil. También había un fondo, sutilísimo pero perceptible, de temor a que reaccionara de modo violento en caso de llevarle la contraria, de rechazar su posible intención de pasar, sin un duro, unas horas, quizá unos días, en el hotel, pero tenía la íntima certeza de estar dominando la situación, de que el visitante se encontraba en condiciones de inferioridad respecto a ella. Volvió a tantear el teléfono móvil por encima del pantalón y pensó que cuando él se acostara, y cayera rendido, en manos del sueño, tendría tiempo de llamar a quien pudiera ayudarla, o asesorarla, o protegerla.

—Si quiere alojarse aquí, no se preocupe. Le dejo la llave de una de las habitaciones, descansa, duerme las horas que necesite y mañana hablamos —dijo al fin Lucía.

El visitante se incorporó lentamente. Con gesto de incomodidad, como si al levantarse le dolieran las articulaciones, pronunció un «gracias» apenas audible y, cuando estuvo en pie, cogió la maleta y la mochila y preguntó a Lucía por su habitación. Esta, inquieta de pronto, herida por un repentino complejo de culpa, le entregó la llave de la 103, en la primera planta —«desde la ventana, se ve la muralla y el río, seguro que le gusta», le dijo—, estrechó su mano con una flojedad entre preventiva y huidiza y, después, cuando el hombre se volvió para dirigirse a la habitación indicada, mientras subía las escaleras con lentitud, Lucía observó su espalda, los gastadísimos codos de la chaqueta de punto, la delgadez de su cuello y se sintió extraña y compasiva. Al cabo de un rato, escuchó el ruido metálico de la llave al entrar en la cerradura y el golpe posterior de la puerta. Por un instante, se quedó de pie miran-

do, con gesto meditativo, la pantalla del televisor apagado. Al fin, tragó saliva, venció un acceso de tos y volvió a su lugar detrás del pequeño mostrador. Afuera, la noche era un mundo negro de invisibilidad, de preguntas que parecían flotar en la luz precaria, casi muerta, de las farolas que, hasta el muro que descendía al río, jalonaban la calle iluminándola por tramos.

Lucía, antes de sentarse, encendió el televisor y con gesto maquinal se olió la mano que había estrechado el viajero. Un suave olor a humo, a leña quemada o a ceniza le trajo evocaciones de viejos sueños invernales o de caminatas de adolescencia por la montaña. Pensó, a la vez, que quizá el viajero no había comido en mucho tiempo, pero no tardó en consolar su mala conciencia con la constatación de una realidad: en su pequeño hotel rural solo daba desayunos y apenas tenía comida para ella.